

2. Transmisión atrayente y eficaz de la Buena Noticia

94. De esa fuente infinita de luz bebieron los más grandes doctores de la Iglesia, entre ellos Santo Tomás de Aquino, como él mismo lo afirma, aquellos admirables conocimientos que los hicieron célebres; lo cual nos demuestra que las luces y conocimientos que comunica la Sabiduría no son secos, estériles e indevotos, sino, al contrario, son luminosos, están llenos de unción, son operantes y devotos, conmueven y alegran el corazón iluminando el entendimiento.

95. 2°. La Sabiduría no se contenta con derramar sus luces sobre el hombre para que conozca la verdad, sino que, además, le capacita de modo maravilloso para darla a conocer a otros (Sb 1, 7).

La Sabiduría tiene el conocimiento de lo que se dice y comunica la ciencia de decirlo bien, porque «es la Sabiduría la que abrió la boca de los mudos e hizo elocuentes las lenguas de los niños» (Sb 10, 21). Ella soltó la lengua de Moisés, que era tartamudo. Ella comunicó la palabra a los profetas para desarraigar y destruir, desbaratar y disipar, edificar y plantar: (Jr. 1, 9 y 10), a pesar de que reconocían que de sí mismos no sabían hablar mejor que los niños. La Sabiduría comunicó a los Apóstoles facilidad para predicar por todas partes el Evangelio y anunciar las maravillas de Dios (Hch 2, 11). (Del himno *Veni Creator*. - En la carta n. 10 (Poitiers, 4 de julio de 1702), dirigida al Sr. Leschassier, indica el Santo haber recibido de Dios algunos de estos dones de la Sabiduría). Como la divina Sabiduría es «palabra» en la eternidad y en el tiempo, ha hablado siempre, y por su palabra fue creado todo, y todo fue reparado (Es el «Verbo», la Palabra de Dios: «Lagos» le llama San Juan. Cf. Jn. 1, 1-3). Habló por los profetas, por los apóstoles, y hablará hasta el fin de los siglos por boca de quienes la posean.

96. Ahora bien, las palabras que comunica la divina Sabiduría no son comunes, naturales y humanas; son palabras divinas: (1 Ts 2, 13). Son palabras enérgicas, eficaces y penetrantes (Hb 4, 12); palabras que, partiendo del corazón de quien habla, penetran hasta el fondo del corazón de quien escucha. Este don de Sabiduría es el que había recibido Salomón cuando decía que Dios le había concedido el expresar con claridad lo que sentía en el corazón (Sb 7, 15).

97. He aquí la promesa que nuestro Señor Jesucristo hizo a sus apóstoles: «Yo pondré palabras en vuestra boca y una sabiduría a que no podrán resistir ni contradecir todos vuestros enemigos» (Lc 21, 15) ¡Oh, cuán pocos son hoy en día los predicadores que posean ese inefable don de palabra y que puedan decir con San Pablo «¡Predicamos la sabiduría de Dios!» (1 Co 2, 7). La mayor parte hablan guiados por las luces de su propio espíritu o que han sacado de los libros, pero no ex sententia (Sb 7, 15), según la divina Sabiduría les hace sentir; o bien según la abundancia divina que reciben de la Sabiduría (Mt 12, 34). He aquí por qué son tan raras las conversiones logradas por la predicación. Si el predicador hubiese recibido de modo eficaz la Sabiduría, el don de palabra, el auditorio no podría resistirle, como sucedió antaño. «No podían los que oían (a San Esteban) contrarrestar la Sabiduría y el Espíritu

que hablaba en él» (Hch 6, 10). Ese tal predicador hablaría con tanta suavidad y autoridad (Mt 7, 29), que su palabra no volvería a él vacía ni quedaría sin efecto (cf. Is. 15, 11).

3. Fuente de gozo y consuelo

98. 3.º Así como la Sabiduría eterna es el objeto de la felicidad y complacencia del Padre Eterno y la alegría de los ángeles, así para el hombre que la posee es el principio de los más suaves deleites y consuelos. Le comunica el gusto por las cosas de Dios y le hace perder el gusto de las criaturas. Alegra su espíritu con el resplandor de sus luces, derrama en su corazón una alegría, una mansedumbre y una paz indecibles, aun en medio de las mayores tribulaciones, como lo atestigua San Pablo cuando exclama: «Entrando en mi casa hallaré en ella mi reposo; porque ni en su conversación tiene rastro de amargura ni causa tedio su trato, sino, antes bien, consuelo y alegría» (2 Co 7, 4); y no solamente en mi casa y en su conversación disfrutaba de alegría, sino también en todas partes y en todo, porque iba delante de mí (Sb 8, 16). (Sb 7, 12). Existe un santo placer en su amistad (Sb 8, 18). En cambio, las alegrías y goces que pueden hallarse en las criaturas no son sino sombras de placer y aflicción de espíritu.

4. Dones y virtudes del Espíritu Santo

99. 4.º Cuando la Sabiduría eterna se comunica a un alma, le infunde todos los dones del Espíritu Santo y todas las grandes virtudes en grado eminente; es a saber, las virtudes teologales: fe viva, esperanza firme, caridad ardiente; las virtudes cardinales: templanza sobria, prudencia consumada, justicia perfecta y fortaleza invencible; las virtudes morales: religión perfecta, humildad profunda, mansedumbre atrayente, obediencia ciega, amor sin acepción de personas, mortificación continua, oración sublime, etc. Tales son las admirables virtudes y los celestiales dones a que se refiere el Espíritu Santo con estas breves palabras (Sb 8, 7).

5. Inspira grandes empresas... Da pesadas cruces

100. En fin, como nada hay más activo que la Sabiduría (Sb 7, 24), no consiente que quienes se honran con su amistad permanezcan en la tibieza o en la negligencia. Los inflama y los mueve a emprender grandes cosas por la gloria de Dios y la salvación de las almas, y, con el fin de probarlos y hacerlas más dignos de ella, les procura grandes combates y les reserva contradicciones y obstáculos en casi todas sus empresas. Consiente unas veces que el demonio los tienta, o que el mundo los calumnie y desprecie, o bien que sus enemigos triunfen y los humillen, e incluso que los traicionen y desamparen sus propios parientes y amigos. Ya permite que los aflija la pérdida de sus bienes, ya una enfermedad; ora los hiere una injuria, ora son presa de la pena y el desaliento. En una palabra, los prueba de todas formas en el crisol de las tribulaciones. Pero si delante de los hombres han padecido tormentos; su esperanza está llena de inmortalidad. Su tribulación ha sido pequeña y su galardón será grande, porque Dios hizo prueba de ellos y los halló dignos de sí. Probólos como el oro en el crisol, y los aceptó como víctima de holocausto, ya su tiempo se les dará la recompensa.